

Notas acerca del vidrio colonial en el Río de la Plata (siglos XVI al XVIII)

- Daniel Schávelzon -



Conferencia inaugural de la jornada *El vidrio en la arqueología y la historia*, Centro Cultural Rigolleau, Berazategui, 1998, organizado por la Lic. Zunilda Quatrin.

Hasta hace pocos años hablar de vidrio en la arqueología argentina podía resultar, por lo menos, absurdo. Incluso en la década pasada no hubiera sido considerado un tema arqueológico sino estrictamente “de anticuario”. Tal es así que hasta que se publicaron los libros *La cultura material porteña* y *El Cabildo de Mendoza*, ambos en 1991, sólo hubo referencias en los artículos o informes de excavaciones que nuestro propio grupo estaba haciendo en esos primeros tiempos de la arqueología urbana iniciados en 1985. A partir de allí el tema tomó tal impulso que hoy nadie podría imaginar la arqueología histórica sin ese material, tan importante como la cerámica y muchas veces más útil.

Quizás comienza a revertirse esa ley de hierro de la arqueología argentina, irónicamente definida así:

“Parecería como si los especialistas, radicados en su mayoría en la Capital Federal y La Plata, no hubiesen podido sustraerse a la fascinación de la lejanía, por lo cual todo problema que se hallara, por así decir, frente al umbral de su puerta de casa, hubiera parecido revestir una importancia menor del que cuya solución había de alcanzarse en medio de dificultades y penurias” (*Bórmida s/f: 9-10*).

Es por eso que necesitamos recordar que el pionero que se preocupó por el vidrio y su producción local fue el gran historiador de la cultura material, Guillermo Furlong, quién

en 1945 dedicó varias páginas al respecto (1945:249-254). Entre otras cosas demostró la posible presencia de un fabricante de vidrio ya en Córdoba en 1572, quién sería el primero del país y lo sucedido con este material en esa y en otras ciudades, incluyendo Buenos Aires.

De todas formas estas notas no van a cubrir el gran vacío de conocimiento que hay sobre el tema; sólo es la presentación de un conjunto de material excavado a lo largo de los años de un período en especial; de ninguna manera intento hacer un estudio sobre el papel social del vidrio o de sus porcentuales de presencia o ausencia en los diferentes contextos, cosa que por otra parte ya he presentado (Schávelzon 1997); obviamente el gran siglo del vidrio, el XIX, queda totalmente fuera de este escrito. Y aún estamos todos muy lejos de hacer un texto que nos relacione vidrio y sociedad en forma tan impactante como desde hace años se lo está haciendo en otros lugares del mundo (Stasky 1984).

Pero la verdad es que por razones obvias, el vidrio del siglo XIX -y sobre todo el de botellas de vino y ginebra- es el que mayor atención ha tenido: digo obvio porque es el que tiene una presencia masiva como típico producto de la Revolución Industrial, porque su conservación es muy buena por la calidad inherente al material mismo - grueso, pesado, negro, con formas poco rompibles o menos frágiles que las anteriores- y por que su bajísimo precio lo transformó en un producto social descartable e innoble. Hasta la mitad del siglo XVIII el vidrio había sido raro, caro y un verdadero lujo. Valga un ejemplo: una botella cuadrada del siglo XVII podrá ser parecida a una del siglo XIX, pero sus diferencias estaban en otra parte que en la forma; pertenecieron a mundos absolutamente diferentes en cuanto al papel que jugaron en la sociedad de su tiempo. Cuando excavé el pozo de basura del jardín delantero del Museo Etnográfico en Buenos Aires, fechado para 1620-1650, no pude comprender porqué la docena de botellas de base cuadrada que allí habían, estaban casi completas -aunque rotas-, pero a todas les faltaba el pico y su habitual recubrimiento metálico de peltre o plomo: sólo entendiendo la pobreza de la vida cotidiana porteña de la época fue posible imaginar que se las había roto para sacarles la tapa de peltre y así poder reusar el metal.

No entraré en la vieja polémica de quién inventó el vidrio ni cuándo; lo que importa es cuando se produjo el contacto con América en España ya se fabricaba en varios lugares en el siglo XVI a la vez que a través del comercio del Mediterráneo llegaban allí objetos de ese material de casi toda Europa tanto occidental como oriental. Lo que vino hacia aquí no fue homogéneo si no por el contrario heterogéneo y variado.

La más antigua referencia al vidrio en estas tierras la dejó estampada el escribano real Pedro Fernández el 1 de julio de 1538, al enumerar el contenido de la nave de León Pancaldo, mercader genovés que había llegado atraído por la primera fundación de Buenos Aires por Pedro de Mendoza y que encalló en el Río de la Plata. Allí se enumeran:

- “una caxita /no.1/ de vidrio en que ay quarenta piecas de vidrio”
- “otra caxica de numero /2/ en que ay cinquenta piecas de vidrio”
- “otra caxita d. numero /3/ en que ay cinquenta piecas de vidrio esmaltado y blanco”

- “otra caja de numero /4/ en la que ay quarenta piecas esmaltadas de bermejo”
- “otra caja de numero /5/ en la qual ay ciento e treynta piecas de tacas de ampollas” (Comisión Oficial 1941-II: 238)

Pero por interesante que resulte ese envío, la verdad es que ni siquiera sabemos con exactitud dónde se fundó esa primer Buenos Aires; menos aún podremos encontrarlos. Y a la fecha no tenemos ninguna colección de vidrio publicada fechable entre los siglos XVI y XVIII, salvo algunos ejemplos de Buenos Aires y lo poco que hemos visto en las colecciones de Santa Fe la Vieja. En síntesis: está todo por hacer.

1. Vasos

Sabemos que los vasos son poco habituales hasta el siglo XVIII porque todo el vidrio era poco común; no es que no existiera, ya lo vimos, sino que era un producto caro, importado y extremadamente frágil. Por suerte ya tenemos bibliografía sobre la fabricación de los vasos (Moreno 1994) y sobre su uso común en la mesa todavía socializada para estos artefactos (Schávelzon 1991 y 2000).

Todos los vasos son, lógicamente, soplados con la marca en la base, la que se ve con claridad; sólo hemos hallado vasos con la corona borrada con calor o amolado en los inicios del siglo XIX. Existen dos tipos de pastas: lo que en los documentos se llama vidrio y lo que se llama cristal. Existe en los papeles una categoría intermedia que se la tiende a llamar medio cristal, pero se necesitan mejores definiciones para identificarlo; algunos son sólo buen vidrio, otros son cristales malos; posiblemente era una separación a ojo de la época que habrá que recuperar. Hemos hallado vasos lisos con y sin amolados y vasos moldeados parcialmente, tanto con ondas como con relieves diversos al igual que con y sin amolados.

Los vasos lisos son los más variados: los hay sencillos, modestos y comunes, con bases que miden entre 5 y 7 cm de diámetro y de 7 a 10 cm de alto, la corona en la base está bien marcada y las paredes son bastante verticales, más que en los vasos de molde de base gruesa del siglo XIX. Los bordes superiores están terminados por un engrosamiento de la pasta por el chorreado mismo tras ser cortados; se siente al tacto en forma inmediata. Este artificio era buscado ya que evitaba que el usuario se cortara la boca al beber, posiblemente dejando el vaso boca arriba mientras se enfriaba, produciéndose ese efecto. Los vasos posteriores al siglo XVIII nunca más tendrán ese detalle. Otro grupo es el de los que tienen un diámetro mayor, de 7 a 9 cm de diámetro en la base, lo que los hace demasiado grandes para tenerlos con comodidad en la mano; los hay con la paredes verticales o inclinadas y generalmente más de 10 cm de alto. Supongo que, sin dejar de ser verdaderos vasos, quizás tuvieron alguna otra función en la mesa o en la cocina. En los documentos se diferencian los vasos de agua de los de vino; seguramente la clave está en el tamaño. Según Deagan la forma de la mayoría de los vasos hallados en Buenos Aires es la que se fecha hacia 1770 y de allí en adelante (1987:145).

El tercer grupo de vasos lisos es el que presenta amolados sobre su superficie: hechos mecánicamente por abrasión parece ser un rasgo sólo habitual en el siglo XVIII y que fue en incremento en el inicio del siglo XIX. Esto, típico español y portugués, resulta similar a otras tradiciones de tallado del vidrio en Europa como la inglesa de la misma época, y por eso es habitual encontrar motivos prácticamente idénticos aunque de diferente proveniencia (ejemplo de un hallazgo: Beidleman, Latts y Witer 1986: 207), resultado de una misma tecnología aplicada con gusto Neoclásico sobre un mismo tipo de objeto hecho del mismo material. De todas formas es posible que algunos tallados o amolados fueran locales sobre vidrio importados. Siempre el vidrio fue un lujo, y más aun si estaba tallado ya que aumentaba el precio del objeto y no era raro que el vaso fuera importado pero que se lo tallara localmente. En un aviso posterior de *El Argos* del 8 de mayo de 1824 se ofrecía:

“El taller del lapidario tallista sobre cristales que estaba en la calle de Potosí, casa de Don José M. Coronel, se ha mudado a la calle de la Biblioteca número 142, pasado la Plaza del Mercado, yendo por Montserrat”.

Los motivos sobre los vasos son de dos tipos: los ubicados en el borde y los del cuerpo; lógicamente los de borde -aunque ocupen una parte del cuerpo también- son cenefas, es decir bandas anulares que tienen motivos vegetales de ramas con hojas y/o flores o frutos, o temas geométricos repetibles sin interrupción. Muchas veces tienen líneas direccionales que remarcan un campo dentro del cual se hacen los dibujos, o los delimita en forma de cuadrantes, quizás influencia tardía de los chinos de la cerámica. En estos vasos se observa que la tradición española y la portuguesa no tienen diferencias sustanciales; ésta se da en los objetos de verdadero lujo de las grandes fábricas reales que es lo que habitualmente nos muestra la bibliografía (Ainaud 1952, Menéndes Pinto 1979, Ruiz Alcón 1970). Un tema ornamental siempre presente en el siglo XVIII ha sido una franja subdividida en cuadrantes con puntos, rayas oblicuas o asteriscos, que imitan burdamente los motivos de la porcelana China como ya dijimos; son idénticos a la mayólica de Triana, contemporánea y con la cual posiblemente hacían juego.

Los motivos grabados en el cuerpo de los vasos son flores, guirnaldas y ramazones entrecruzados, o motivos complejos como un corazón o una planta de hojas grandes con palomas y laureles, temas que hallamos en los citados vasos de Casa Ezcurra en Buenos Aires y en la Misión de Loreto, aunque este último es posible que esté relacionado con el Corazón de Jesús y los Jesuitas (Mújica, com. personal), ambos dentro de pozos de basura rellenos a inicios del siglo XIX.

Los vasos moldeados, sean de ondas o de cualquier otro motivo, en este época son producto del soplado dentro de un molde abierto. Tienen bases menores que los lisos, por lo general de 4,5 a 5,5 cm de diámetro y son más comunes en cristal. En los vasos con ondas éstas son con entrantes irregulares, rectas o curvas, mejor o peor terminadas; un caso estaba decorado con gotas de vidrio de color pegadas con calor sobre la superficie externa. Los vasos más elaborados son los que tienen en la parte inferior una trama de cuadrados en sobre relieve de gran delicadeza, son de cristal y en algunos casos tienen los bordes amolados. Si bien pueden ser españoles, en el caso de los hallados en Casa Ezcurra hay tres que es más probable que sean de Bohemia, quizás amolados en el borde aquí o en España. Algunos diseños son semejantes a los de los

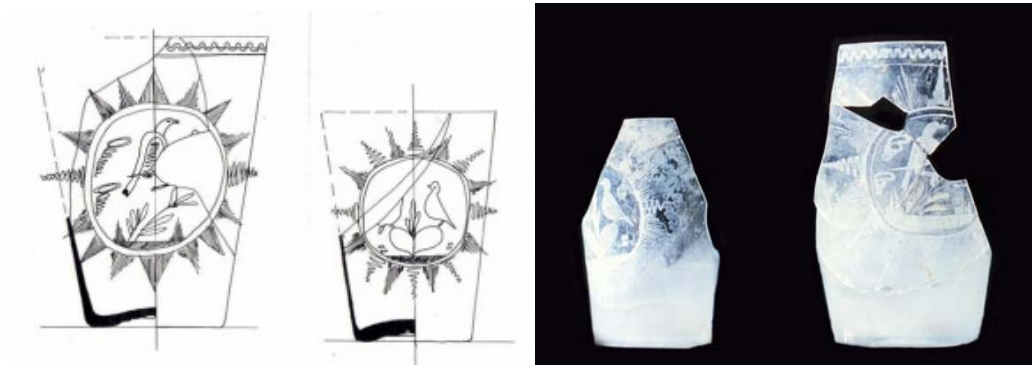
barcos Tolosa y Guadalupe hundidos en 1724 en el Caribe (Deagan 1987:146). De todas formas hasta ahora la mayoría de los amolados parecen ser de producción española popular, al menos hasta los inicios del siglo XIX.

Cabría destacar dos vasos más, hasta ahora únicos, uno moldeado con ondas y pintado con hoja de oro dentro de flores talladas, encontrado en la excavación de Casa Ezcurra y otro también pintado en oro, aunque ya moldeado en cuadrados, proveniente de un gran depósito de basura debajo de Michelángelo, en Balcarce 433. No sólo debieron ser poco comunes si no que el dorado a la hoja tiende a destruirse muy fácilmente, de ahí que cabe suponer que algunos vasos amolados excavados hayan estado pintados de esa manera; del siglo XIX hay dorados en mayor profusión. La botella con pintura de oro más antigua es la proveniente del Museo Etnográfico y fechada hacia 1620-1650. Hay sólo un vaso que presenta letras góticas talladas a gran tamaño encontrado en la excavación de Defensa 751 en rellenos que posiblemente sean del siglo XVII.

La observación contextual de las excavaciones ya hechas, muestra que la presencia de vasos fue poco común entre el siglo XVI y la primera mitad del XVIII, época en que por los complejos procesos de cambio que vivían los grupos altos de la sociedad se hicieron más comunes en la mesa, más baratos en el mercado importador y más necesarios en los nuevos rituales del servir y comer. Es el siglo en que las formas de cocinar, comer y tomar cambiaron abruptamente y los vasos lo reflejan bien. De allí que los inventarios publicados para Buenos Aires para el cambio de los siglos XVIII al XIX hayan permitido contabilizar más de 650 vasos, lo que si bien no es demasiado, es al menos bastante (Porro, Astiz y Róspide 1982:242). Los documentos nos hablan de vasos “con pie, con asa, con tapa, de salvilla” y en los adornos de “llano, cortado y labrado, dorado, con filete o ribete dorado, con ramos dorados o de oro”. Todo esto ya lo hemos confirmado con lo excavado. Los inventarios de pulperías entre 1740 y 1830, indican la existencia a la venta de “vasos” y “vasos surtidos” en quince pulperías (Mayo, Miranda y Cabrejas 1996:60).

Pero al tomar en cuenta la cantidad de vasos no podemos olvidar la forma de uso: nunca, al menos hasta el siglo XVIII tardío entre las clases altas y a fines del XIX en las pobres, se usaba un vaso para cada comensal. Al igual que el mate, el vaso se pasaba de mano en mano; en ejemplos de la época: “Los ingleses introdujeron la costumbre de poner un vaso o una copa en cada asiento” (Bilbao 1934); “se servía el vino para todos en un solo vaso o dos cuanto más, vaso que pasaba de mano en mano y por consiguiente de boca en boca de los presentes” (Wilde 1966:167) y “bebían de un solo vaso y lo pasaban de mano en mano ceremoniosamente” (Cunninghame Graham 1914:169). Tan tardíamente como en 1866 Estrada describe una reunión en la que “se pasan el vasito que el pulpero llena con frecuencia” (1931:10). Pero profundizar esto implica penetrar en la historia de los modales de mesa, que es otro tema, aunque no alejado del que nos trae aquí.

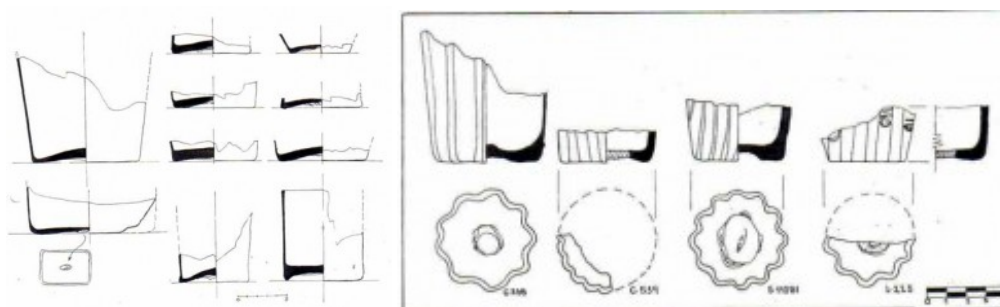
Para terminar con los vasos habría que citar la existencia documental y museográfica de “vaseras”, cajas que contenían varios de éstos en forma similar a las “frasqueras” tan comunes en el siglo XVIII.



Dos vasos de tamaño diferente hallados en las excavaciones de la Casa Ezcurra.



Tres vasos grabados por amolado en la Casa Ezcurra del mismo juego.



Bases de vasos coloniales de paredes planas y onduladas con marca del puntero de soplado.

2. Copas

A diferencia de los vasos no es mucho lo que podemos decir de las copas; es evidente que fueron muy raras hasta 1820-1830 al menos; este cambio debió estar relacionado con la idea del brindis y las nuevas formas de convivencia social, entre ellas en la comida, introducidas en esos años de conflicto. Los documentos de finales del siglo

XVIII e inicios del XIX parecerían mostrar lo mismo, y si bien un estudio de la presencia de copas en inventarios dio cerca de 400 (Porro, Astiz y Róspide 1982:152) parecería que, coincidiendo con la arqueología, las más antiguas son tardías, tanto en cristal -de menor tamaño- como de vidrio común. El pozo de basura de la familia Ezcurra no mostró ni una copa, en cambio el de la familia Peña tuvo casi setenta copas (y 134 vasos) seguramente porque era unos veinte años más tardío. En síntesis, las copas comenzaron a difundirse -no podemos decir a usarse- hacia 1780, haciéndose comunes para 1820 y básicamente fueron inglesas y baratas; un pequeño lujo que corrió parejo con la complejización de los modales de mesa de esos años. La llegada de bebidas como el champagne debió ayudar a su difusión entre los sectores altos de la población. No se encuentra disponible ni un solo ejemplo de copa en las colecciones coloniales tempranas de Cayastá.

El grupo de copas de la Casa Peña, aunque de inicios del siglo XIX y también de bajo precio en Europa, muestra buenos ejemplos de las dos tecnologías usadas, y que ya Paula Moreno ha analizado en detalle (1994): las moldeadas en el soplado y las formadas por pegado de piezas estandarizadas. Las primeras son más simples, con tendencia a ser bajas y anchas -en absoluta oposición a la tradición inglesa de la copa ligera y alta-, mientras que las otras tienen su pedestal más elaborado aunque raramente con la gota típica de las copas europeas.

En conclusión es evidente que las copas debieron ser raras, o posiblemente muy raras, hasta finales del siglo XVIII, en que comenzaron a difundirse en los niveles altos de la sociedad, junto a nuevas costumbres alimentarias, de placer y de ritual social. Al menos hasta que nuevas excavaciones permitan encontrar copas coloniales no hay mucho más que decir de ellas.

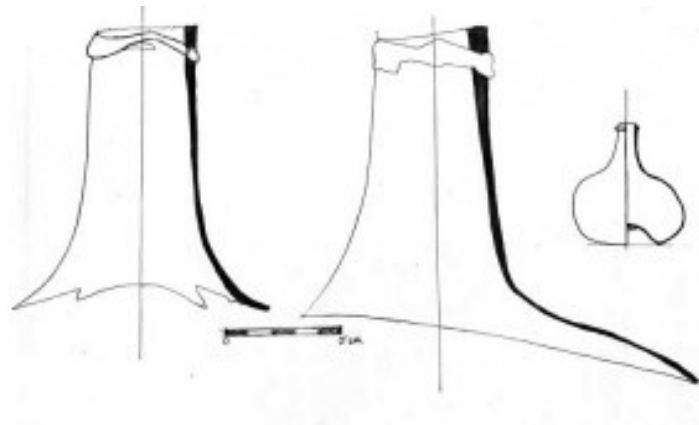
3. Botellas

Este tema tiene una amplia bibliografía que no vamos siquiera a enumerar, ya que son muchos los sitios que las han reportado y discutido desde que las describimos (1991:127-130) y establecimos las primeras variantes. Respecto a las de base cuadrada mucho quedó en blanco en ese entonces y Paula Moreno logró en 1994 una clasificación y cronología más ajustada, la que amplió en un estudio reciente (Moreno 1997). Pero hay dos aspectos que me gustaría discutir: el primero es dejar establecido que las botellas de base cuadrada usadas entre los siglos XVI al XIX inicial nada tienen que ver con las de igual base usadas de allí en adelante para ginebra -y otros usos también, como el anís- y muchas veces denominadas limetas en su época.

La botella cuadrada de tradición española es de paredes verticales y paralelas entre sí -no como las de ginebra que se inclinan hacia afuera- y terminan en un pico corto sin repliegue o engrosamiento; los colores son ámbar, aguamarina, blanco y tonos verdes claros o celestes, nunca el verde oscuro (nuestro “negro” de tradición norte-europea) tan común en el siglo XIX. En los picos se hallan tapones a rosca hechos de peltre y un excelente ejemplo intacto del siglo XVII se exhibe en el museo de Santa Fe la Vieja. El pozo del Museo Etnográfico nos permitió estudiar una docena de botellas de este tipo fechadas en la primera mitad de ese mismo siglo, incluyendo una que si bien era verde oscuro tenía pintado con hoja de oro un motivo de ramas (Schávelzon 1994). Hay

también botellas cuadradas decoradas con chorreados de vidrios de colores y con su superficie en relieve, en la tradición de Estados Unidos del siglo XVIII, como una hallada en el Cabildo de Buenos Aires (Schávelzon 1995:70); también en la localidad de Monje, las excavaciones permitieron encontrar al menos una interesante botella del siglo XVII de este tipo (Rochietti y De Grandis, com. Personal). De esta forma, la tradición española no es una antecesora de la anglo-holandesa como se ha publicado (Moreno 1997:10), son incluso contemporáneas y resultado de procesos diferentes.

Como segundo tema, el fechamiento de las botellas de ginebra -no importa que se las usó para otras cosas-, es ligeramente más antiguo de lo que habíamos pensado. En Holanda fueron comunes en el siglo XVIII y para esa fecha se las encuentra en Estados Unidos y Canadá; ejemplo de ellos son el Fuerte Michilimackinac (Brown 1971). En las excavaciones de Buenos Aires tenemos pruebas de ser parte de la basura del Convento de Santo Domingo para 1800-1823, y en la Casa Ezcurra (1801-1820); eso coincide con el rubro limeta en la compilación de inventarios de fin del siglo XVIII e inicios del XIX que mostró la presencia de 1600 ejemplos (Porro, Astiz y Róspide 1982).



Dos picos de botellas de vino inglesas de cuerpo globular, excavadas en Michelangelo.



Botellas posiblemente francesas con su forma de ensanche en la parte superior y detalle de la terminación del pico.

La otra tradición española de botellas es la circular, o mejor dicho, la globular, para que quede bien claro que tienen poco que ver con la botella cilíndrica del siglo XIX que llega hasta nosotros. Se trata de botellas, o mejor dicho botellones, de cuerpo acbellado o globular las más antiguas y casi cilíndricas las del siglo XVII en adelante, tal como estableció Deagan (1987:131). Si bien no son muy comunes en nuestra región tenemos algunos ejemplos: en casa Ezcurra se hallaron dos de vidrio transparente, una que por su forma puede pensarse en un lacrimario de gran tamaño (17 cm de alto) ya que posee un pico muy alto y estrecho y una base globular con dos lados aplanados, de color transparente. Si no fuera por el tipo de vidrio y el contexto en que fue hallada podría ser una botella del siglo XVI. La otra botella peculiar hallada en Casa Ezcurra es en realidad un enorme frasco de perfume, o al menos mantiene la forma, proporciones y el tipo de pico "de corneta", color verde claro, pero mide 21 cm de alto y por eso y por su ancho es que la consideramos una botella y no un frasco. Como una botella acbellada excepcional hasta ahora hay que nombrar la hallada en perfecto estado de conservación por Juan Ignacio Mújica en la Misión de Loreto, en un contexto fechado hacia 1810-1820, asociado a lozas Creamware; la fecha de fabricación de la botella -netamente inglesa- debe estar entre 1740 y 1770. En los rellenos de Michelángelo se encontraron varias aunque en un contexto bastante más tardío.

Ya que hemos usado el diario *El Argos*, sigamos con éste para mostrar la enorme variedad de licores que se embotellaban en el país cuando se abrió la importación y la variedad de envases que parece haber, ya que aún no se había impuesto la estandarización proveniente de Inglaterra en botellas cilíndricas mayoritariamente:

"Don Benito Ramírez, fabricante de licores y toda clase de bebidas blancas tiene su almacén en la calle de la Catedral en frente del Correo o casa del Dr. Montúfar, en donde se vende licores de 1a. calidad a 4 pesos 2 reales docena de botellas surtidas, y sin botellas a 3 pesos 6 reales. Botellas sueltas a 3 reales. También se venden licores de 2a. calidad, por frascos a 4 ½ reales, y por barriles a 18 pesos barril de 32 frascos; aguardiente de toda clase por mayor y menor, a precios cómodos. La fábrica está establecida, calle del Empedrado cinco y media cuerdas de la calle de las Torres, siguiendo para el Retiro en donde se blanquean aguardientes a precios acomodados, y se vende por mayor y menor toda clase de bebidas blancas.

- Clase de licores embotellado 1a. Clase: Rosa, Quina, Perfecto Amor, Barbada, Leche Virginal, Agua de Doncellas, Agua de Venus, Anisete, Canela, Café, Limón, Naranja, Menta, Ajenjos, Clavillo.

- Licores de 2a. por frascos y barriles: Aguardiente de Anís, Caña Blanca de La Habana, Caña Portuguesa, Ron

- Vinos: Oporto, Bordeaux, Fontiñán, Vino Generoso, Madera y otros varios"

El cambio de la botella de forma acbellada a la cilíndrica se dio en Europa precisamente en los finales del siglo XVIII, por lo que en América siempre se las considera como del siglo XIX, pero esta es una generalización posiblemente correcta, pero que falla en los detalles. Al parecer hay ejemplos arqueológicos cilíndricos desde tiempos para nosotros coloniales, y lógicamente la continuidad de éstas en tiempos

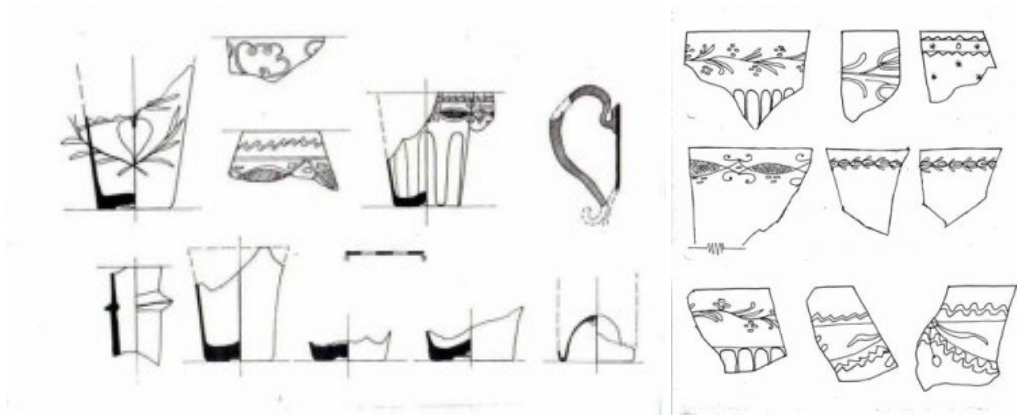
posteriores. Existen en nuestro registro arqueológico básicamente dos tradiciones de botellas cilíndricas además de las españolas ya descritas: las inglesas y las francesas; cuando lo definimos sólo sabíamos identificar las inglesas pero pronto se hizo evidente la importancia de Francia en eso. Las inglesas son de color verde muy oscuro (lo que habitualmente se denomina “negro”), las francesas son de un tono verde más claro y transparente. Si bien ambas son sopladas y recordando que el molde sólo se inventa a partir de 1822, las inglesas tienen mucho vidrio, son pesadas, de base muy gorda y si decantador; las francesas tienen decantador alto, con poca pasta de vidrio, paredes finas y delgadas. Las inglesas de esta época son ya cilíndricas pero de cuerpo bajo y cuello muy alto, las francesas son más estilizadas, adelantando la forma del siglo XIX. Los picos son también diferentes ya que las inglesas rápidamente van a evolucionar hacia el de doble borde mientras que las otras siempre van a ser simples, de “tiritita”; las inglesas también van a estar bien terminadas en el borde superior donde en pocos años se va a colocar la pinza para moldear los picos, las francesas nunca harán eso y siempre son terminadas con un corte sencillo, de forma tal que no sirven para “tomar del pico” por lo cortante del vidrio. También a estas, al colocarle la tira del borde, se apretaba produciéndole arrugas verticales muy marcadas.

4. Jarras

Este tipo de contenedor, usado en occidente en forma habitual para el agua -y para otros usos de mesa colectiva- es conocido desde muy antiguo. Su presencia en la región durante el período colonial sólo está representada por lo hallado en Buenos Aires y no hay ejemplos más antiguos que el siglo XVIII. Por supuesto que sus fragmentos son a veces difíciles de separar de vasos, de floreros o de copas, salvo en sus bordes, bases o manijas. Es interesante destacar que el vidrio tradicional español (ver por ejemplo Ainaud 1952, Deagan 1987) prácticamente no está presente aquí: algunos pocos fragmentos dispersos en toda la zona sur así lo comprueban. No hemos ubicado ninguna jarra en las colecciones de Santa Fe la Vieja. Sabemos por los documentos históricos y por los textos que fueron comunes desde el inicio del siglo XIX y los inventarios publicados así lo comprueban: 70 ejemplos de vidrio y cristal, provenientes de Inglaterra (Porro, Astiz y Róspide 1982), aunque parecería que algunos casos están confundidos con floreros y aceiteras.

Una jarra fechada por contexto y por el tipo de vidrio en el siglo XVIII proviene de la Casa Ezcurra: mide 30 cm de alto, posee cuerpo acbollado, pico muy alto y la base plana. Existen en diversas colecciones del mundo ejemplos muy semejantes aunque por lo general el vidrio es de mejor calidad que el de este caso; una jarra bien diseñada pero hecha en un material pobre.

Los otros ejemplos que tenemos tienen la parte superior muy trabajada, indicando con sus curvas un gusto netamente decimonónico temprano; en algunos casos tienen amolados en su cuerpo en forma de flores, ramas o rayas horizontales. Las manijas poseen en uno o sus dos extremos, volutas bien terminadas. En el siglo XIX fue muy común su amolado siguiendo el gusto Neoclásico primero Romántico después.



Diversos fragmentos de vasos, botellas y jarras de vidrio de Casa Ezcurra y de su decoración por amolado.

5. Lacrimarios

Se trata de un tipo de frascos de tamaño muy reducido, generalmente de 5 a 10 cm de alto, base reducida y formas variadas que se usaban como relicario de lágrimas, una tradición medieval muy arraigada en España. También fueron usados para remedios caseros y otras medicinas o perfumes. Son muy raros en la región pero he visto fragmentos en las colecciones de Santa Fe la Vieja, color aguamarina, y excavado varios en Buenos Aires, de vidrio transparente de finales del siglo XVIII e incluso hasta mitad del siglo XIX (Schávelzon 1994:40); los más tardíos provienen de pozo de basura de la segunda mitad del siglo XIX, indicando que la costumbre duró aquí mucho más que en España. Un detalle para identificarlos, además de su forma, es el muy pequeño orificio del pico.

6. Medicinas, aguas de colonia y perfumes

Este es el tema quizás mas complejo de todo el vidrio histórico: así como las botellas de vino tinto y blanco, las de ginebra o las de champagne tomaron sus formas y las mantuvieron -aunque con cambios paulatinos- a lo largo de mucho tiempo, los contenedores para tocador y medicinas no lo hicieron hasta entrado el siglo XIX. En realidad tampoco había demasiadas diferencias entre esas funciones y cualquiera fabricaba y envasaba remedios milagrosos que curaban cualquier cosa. La historia del Paquimagogo de Le Roy en Buenos Aires durante el inicio del siglo XIX es famosa; llenó los diarios de su tiempo en larguísimas y sesudas consideraciones acerca de si era realmente el remedio universal. Al revisar los diarios nos encontramos con avisos de este tenor:

“Se preparan frasquitos para desinfectar las miasmas pútridas con solo tenerlos en las manos los enfermos y enfermas, y destapándolos por un momento. Todo con la mayor equidad. Buenos Aires y marzo 19 de 1824. Antonio Ortiz Alcalde” (*El Argos* 19-5-1824, pag. 174).

En los siglos coloniales la frasquería española era variada caracterizándose por su decoración hecha con el vidrio mismo, con colores y extrañas formas chorreadas, pero salvo raras ocasiones no parecen haber sido habituales entre los habitantes de la región. En cambio sí son comunes los frascos alargados con el agua perfumada proveniente de la ciudad de Koln (Colonia, Alemania), como la “4711”, famosa desde que fue establecida en 1792 y que aún sigue en uso. Su forma alargada con pico de “trompeta” es un adminículo corriente en los pozos de basura de todo el país. Para la mitad del siglo XIX fueron reemplazados por los frascos de base rectangular tipo Lenmann & Kemp con la inscripción Agua de Florida. En algunos casos miden desde 3 cm de base y hasta 25 cm de alto, con una forma hecha adrede para mantenerlos acostados. Hay otros frascos semejantes pero más grandes, color aguamarina, verde claro u oscuro, siempre con muchas burbujas en la pasta, que miden hasta 6 cm de diámetro, decantador alto y unos 20 a 25 cm de alto, que debieron contener aguas perfumadas.

Al parecer el tema llegó a extremos inusitados en el siglo XIX, a tal grado que sus mismos contemporáneos lo vieron con sarcasmo. Valga una descripción de José Luis Cantilo al respecto:

“Allí estaba un hombre de pie en una volanta descubierta, dirigiendo al auditorio elocuentes palabras, medio en italiano, medio en castellano de mercado, teniendo en una mano el sombrero y algunos frasquillos en la otra; palabras que el respetable público escuchaba con mas atención que los frequentadores a la barra y a los sermones (...). Era aquel sujeto el famoso sacador de muelas al aire libre y gratuitamente (...); inagotable verbosidad, elocuencia de plaza pública; el carruaje, la destemplada trompeta y los maravillosos elixires de todos los colores en frasquillos con rótulos dorados, que era lo único que vendía y que le compraban a razón de 10 y 20 pesos: específicos asombrosos que todo lo curan. ¡Oh civilización!, decía yo para mí; ¡oh civilización europea, cuantos modos irresistibles tienes de manifestarte entre nosotros!” (Cantilo 1864/8-II:650).

Entre las mujeres, ya en el siglo XIX, la cosa se puso muy compleja con el tocador, lo que hizo que algunos memoriosos de sus tiempos mozos, como Calzadilla al hablar de tiempo atrás escribía:

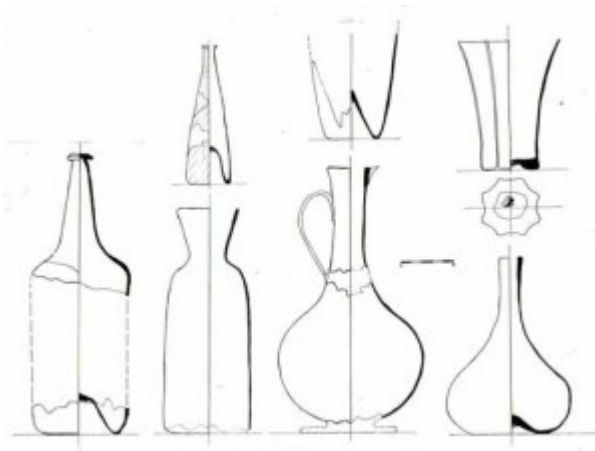
“Aun no había hecho su aparición ese conjunto de lociones, de polvos, de ahuecadores, cosméticos, etc. de la *toilette* francesa; y la gracia y la elegancia genuinas de la criolla resaltaban con todo donaire, sin deber un ápice a todos esos incentivos por el arte para desnaturalizar y neutralizar sus naturales encantos” (1891:164).



Botellas de agua colonia alemana, típica forma del siglo XVIII e incluso de parte del XIX.

7. Frascos, floreros, botellones

En este conjunto la variedad es grande, ya que a diferencia de los vasos y botellas, las formas parecen no haberse estandarizado con facilidad hasta el siglo XVIII, por diversos motivos: la falta de producción en escala, la variedad regional, la falta de industrias que los usaran como contenedores, la variedad de usos que tenían en los hogares y la facilidad con que otros recipientes podían reemplazarlos. Lo hallado es variado y poco: frascos cilíndricos de vidrio transparente, otros de base cuadrada o rectangular con el habitual pico “de trompeta” pero de gran tamaño, floreros de base circular, cuadrada y rectangular de paredes verticales o ligeramente abiertas, frascos para perfume, agua colonia y productos de tocador de los que ya describimos, bases de jarrones de base semejante a un vaso grande pero de paredes perfectamente verticales y algunos botellones que por lo fragmentario no podemos decir mucho al respecto. Es un conjunto que no parece haber sido importante en las casas porteñas, aunque los documentos coloniales tienden a citarlos. Posiblemente su aparición fuerte en las casas se haya dado después del cambio hacia el siglo XIX ya que los vemos acompañando retratos de familias pudientes todo a lo largo del siglo XIX.



8. Vidrios planos

En publicaciones anteriores ya hemos descrito y discutido la presencia de vidrio plano en diversos contextos arqueológicos, incluyendo documentos históricos que corroboran la rareza de este material hasta el siglo XVIII en que se difundió gracias a la Revolución Industrial inglesa. No volveremos a eso, sólo puedo agregar alguna información obtenida en las últimas excavaciones. Además el libro de Furlong ya citado (1945) trae cuantiosa información sobre el uso de vidrios de ventanas y sus artesanos durante la segunda mitad del siglo XVIII.

Es evidente que existen tres funciones y diseños básicos en el vidrio plano: ventanas, espejos y claraboyas. De los primeros no hay mucho más que decir salvo que se han logrado encontrar bordes de vidrios de ventanas, confirmando la presencia de un ensanchamiento leve, un reborde liso al tacto, producto del enfriamiento pos-corte. Si recordamos que las formas de hacer esos vidrios eran dos, haciendo un enorme cilindro y cortándolo para luego aplanarlo, o haciendo girar con fuerza el puntero de soplado para formar un círculo plano que luego se recortaba, podemos imaginar que en ambos se daba la forma con la pasta sin enfriar del todo. Esto producía el reborde que desaparece con el desarrollo de la tecnología para fabricar vidrio plano en el siglo XIX temprano.

Los grosores han mostrado también novedades, ya que no parecen seguir la pauta de ser más gruesos cuanto más viejos. Si bien tenemos buenos ejemplos del siglo XVIII de hasta 5 mm de espesor, incluyendo los de las Misiones Jesuíticas (Nadal Mora 1955:57) que miden 4 mm, también hay en Buenos Aires otros que sólo miden 2 mm, o que son claramente irregulares, en particular los hechos con el segundo de los procedimientos citados que deja una marca en el centro al romper el pontil. Las claraboyas y los espejos no han mostrado ningún avance desde que describimos los primeros hace tiempo (1991:215-17), salvo por el espejo de la Casa Ezcurra que estaba hecho sobre un vidrio verde con forma octogonal. La presencia de espejos ya la hemos descrito como rara antes del siglo XVIII, o al menos poco habitual; todavía en mitad del siglo XIX parecía increíble que una persona se comprara “más de cincuenta varas de espejo para cubrir las paredes de una sala” (Cantilo 1864-68).

Un pequeño grupo de vidrios planos sobre los que hay que trabajar más son los de los faroles, que llegaron a tener dimensiones importantes en especial desde la mitad del siglo XVIII; lo mismo sucede con los vidrios de cuadros.

9. Otros objetos de vidrio

En esta categoría es posible agrupar una serie de objetos de vidrio, sean contenedores o no, de los que hay ejemplares únicos o que esperan por mayores estudios. Los documentos históricos hablan de muchos objetos hechos en vidrio de los que no tenemos ninguno o que al menos no los hemos logrado identificar aún. Por ejemplo, sabemos que hubo tinteros coloniales de vidrio, pero pese a tener docenas hechos de cerámica -tanto españoles como franceses- no hay uno sólo excavado o en museos de esa cronología; en cambio hay miles del siglo XIX con la difusión masiva de la escritura. ¿Cómo eran las compoteras, saleros, vinagreras, jarros o frascos para leche acerca de los que leemos en los papeles? Habrá que seguir trabajando en todo esto. Igualmente la presencia de cuentas de collar hechas de vidrio es un enorme tema a trabajar con más detalle.

Los quinqués o lámparas de mecha fueron inventados en 1780, se difundieron masivamente y para fin de ese siglo eran comunes en el mundo entero. Ya hemos identificado las partes componentes y sus características principales en otra publicación (1991b) y forman parte de toda vivienda urbana de la época, rica o pobre. En general se trata de dos tipos de formas: los tubos verticales cilíndricos que tienen un su base forma bulbosa, y las tulipas que a veces se colocaban alrededor del tubo para reducir el resplandor. Al menos los tubos se rompían muy fácilmente ya que si se subía la llama se

quebraban; eso le hizo decir a Fray Mocho: “decile que aunque a la lámpara se le ha roto el tubo, se la voy a mandar lo mismo” (1995:39); pero un siglo antes los vidrios eran usados para las “linternas” como se les como se llamó más tarde; Concolocorvo en 1773 escribía que “las linternas son precisas para entrar y salir de noche, así en las carretas como en los carretones y también para manejarse fuera en las noches oscuras y ventosas”.

Habría que citar las cuentas de collar de vidrio y otros “abalorios” usados para el canje con los indígenas; el Padre Strobel en el siglo XVII decía que:

“Los mejores regalos que pueden traer los nuevos misioneros que vengan de Europa son cuentas benditas de latón, como también rosarios con cuentas de vidrio (...); entretengo a los indios con espejos triangulares, cuadrados o exagonales, con cristales de aumento y otros objetos por el estilo; en ello pasan todo el día sumamente satisfechos, sin hartarse de ponderaciones. Siento mucho no haber traído conmigo semejantes artículos de vidrio, en especial espejos de aumento de Viena” (Muhn 1946:63).

Otro conjunto lo componen las damajuanas de las que por ahora sólo tenemos unos pocos ejemplos para el siglo XVIII; esto es de cierta importancia porque son los contenedores que menos cambiaron en relación con la forma original bulbosa de la botella anterior al siglo XIX. En realidad entre una botella grande y una damajuana chica no había mucha diferencia salvo por el tamaño, y su separación se produjo cuando la botella tendió a hacerse cilíndrica y la otra -para mantener volumen sin perder resistencia- mantuvo su esfericidad. El color habitual fue el aguamarina antes del verde oscuro/negro más tardío.

Apéndice I

La información documental sobre vidrio es en extremo rica en especial cuando nos presenta aspectos a los cuales es imposible acercarse desde la cultura material misma. Antes citamos la polémica de los remedios milagrosos gracias a los cuales se vendían gran cantidad de productos inusitados. El diario El Argos nos permite imaginar el asunto a través del escándalo que conmovió a nuestra parsimoniosa colonia mediante un libro que, bajo el largo y complejo título decía “Lleva el médico consigo/quien me lleva en el bolsillo”:

“Paquimagogo del Inmortal Le Roy. Véndese este admirable medicamento elaborado según los principios del arte con todos los simples que previene su autor por el profesor de chimica (sic!) y farmacia que suscribe, en los parajes que se detallan. En la Plaza Chica almacén de vinos número 98. En la calle del Cabildo mercería de don N. Canesa, y en la librería de Osandivaras. También se preparan con todo esmero y curiosidad cajones para lo anterior, avisando dos días anticipadamente. Juan Cristóbal Moreno” (24-11-1824).

Era evidente que realmente se vendía este producto en cantidad -ya había causado furor en Europa-, ya que en “la Plaza de la Unión casa no. 94, del profesor de farmacia Don Antonio Miro, se despacha desde las 6 de la mañana hasta las oraciones, la Medicina Curativa del inmortal y digno de eterna memoria Le Roy, por mayor y menor” (13-11-1824). El haber lanzado a la venta una medicina de tipo universal, que casi no tenía costos ya que todo eran lavativas junto a ese medicamento embotellado y con un libro de quinientas hojas de explicaciones, fue algo bien pensado. La posición opuesta se organizó de inmediato y al poco tiempo estaba ya publicada también:

Se vende a dos reales cada ejemplar, en la vereda ancha, tienda de don Miguel Ochagavia del Golpazo al Panquimagogo, o los perniciosos y funestísimos efectos de este recete a Mr. Le Roy, sabiamente manifestados por la Academia Real de París, el Ministro del Estado de Relaciones Internas cuya obra se recomienda su atención con particularidad al público (13-11-1824).

La cuestión de este supuesto medicamento total llenó hojas y más hojas y debe haber sido el primer producto vendido en la ciudad a base de publicidad. Existe por suerte un meticuloso estudio sobre todo lo escrito y publicado a favor o contra que vale la pena ver, aunque más no sea como curiosidad, para entender mejor lo que significaban estos productos, siempre en frascos de vidrio, en la vida cotidiana de la ciudad (Molinari 1937).

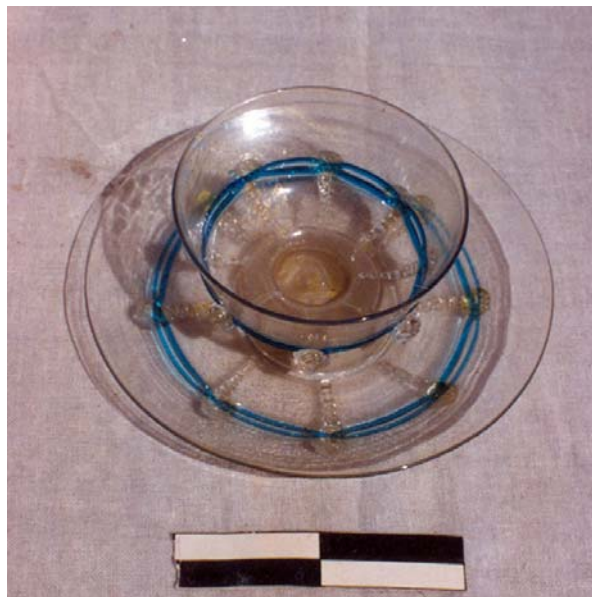
Apéndice II

Es la intención dar a conocer dos excelentes objetos de vidrio soplado que se encuentran en la colección del Museo Domingo F. Sarmiento en Buenos Aires. Son obviamente piezas adquiridas en España, y lo fueron por Domingo Belín Sarmiento quien era un coleccionista de arte. Seguramente datan del siglo XVII, aunque la taza y plato parecerían más tardíos ya que imitan la decoración de la loza de Triana del siglo siguiente.

Es un tipo de vidrio del que sólo hemos hallado fragmentos menores que impiden reconocer formas, ya que su calidad y costo debían ser impensables para la vida doméstica de Buenos Aires. Asimismo hasta la fecha no se han hallado contextos del siglo XVII con pozos de basura o material abundante o diversificado. Queda el tema abierto hacia el futuro de la arqueología demostrar su presencia local.



Jarrón y jarra de vidrio español soplado de los siglos XVII o XVIII (Museo Sarmiento).



Plato y taza de vidrio de finales del siglo XVIII imitando la decoración de la mayólica de la época (Museo Sarmiento).

BIBLIOGRAFÍA

- **Ainaud, Juan**
1952 *Cerámica y vidrio*, Ars Hispaniae: Historia Universal del Arte Hispánico, Editorial Plus-Ultra, Madrid.
- **Beidleman, D. K., W. L. Platts y J. Witer**
Final archaeological excavations at Block 1191, Wilmington, Delaware
Department of Transportation, Delaware.
- **Bórmida, Marcelo**
s/f Prolegómenos para una arqueología de la pampa bonaerense, Dirección de Bibliotecas, Museos y Archivo Histórico, La Plata.
- **Brown, Margaret K.**
1971 *Glass from Fort Michilimackinac: a Classification for Eighteenth Century Glass*, The Michigan Archaeologist vol. 17, nos. 3-4.
- **Calzadilla, Santiago**
Las beldades de mi tiempo (1891), Editorial Sudestada, Buenos Aires.
- **Deagan, Kathleen**
1987 *Artifacts of the Spanish Colonies of Florida and the Caribbean 1500-1800*, vol. I, Smithsonian Institution, Washington.
- **Furlong, Guillermo**
1946 *Artesanos argentinos durante la dominación hispánica*, Editorial Huarpes, Buenos Aires.
- **Le Roy, M.**
1828 *La medicina curativa o la purgación dirigida contra la causa de las enfermedades, probada y analizada en esta obra*, Oficina de José Ferrer de Orga, Valencia (4ta. Edición)
- **Harris, Jane**
1975 *Table Glass Excavated at Beaubassin, Nova Scotia*, Cahiers d'Archaeologie et d'Histoire no. 13, pp. 127-140, National Parks, Ottawa.
- **Mayo, Carlos; Laura Cabrejas y Julieta Miranda**
1996 *La anatomía de la pulpería porteña*, en Pulperos y pulperías de Buenos Aires 1740-1830, pp. 43-76, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- **McNally, Paul**
1977 *"Table Glass from the Wreck of the Machault"*, Cahiers d'Archeologie et d'Histoire no. 16, pp. 35-44, National Parks, Ottawa.
- **Menéndez Pinto, María H. y otros**
1979 *Artes decorativas portuguesas no Museu Nacional de Arte Antiga, seculos XV-XVIII*, Museu Nacional de Arte Antiga, Lisboa.

- **Molinari, José Luis**
La medicina curativa de Le Roy, Estudios no. 57, pp. 119-158, Buenos Aires.
- **Moreno, Paula**
1994 *El vidrio en Buenos Aires desde el siglo XVIII*, Centro de Arqueología Urbana publ. 22, Buenos Aires.
“Estudio tipológico de bases y picos de botellas de la Imprenta Coni y de San Telmo”, *Historical Archaeology in Latin America* vol. I, pp. 103-123, Columbia.
1994 *Procesos de manufactura y fabricación de vasos y copas, fines del siglo XVII y XIX*; Mecanoescrito, Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.
1997 *Botellas cuadradas de ginebra: estudio de la forma y procesos de fabricación desde mediados del siglo XVIII hasta principios del XX*, edición de la autora, Buenos Aires.
- **Porro, N. R.; J. Astiz y M. Róspide**
1982 Aspectos de la vida cotidiana en el Buenos Aires virreinal, Colección 40. Centenario, Universidad de Buenos Aires.
- **Ruiz Alcón, María Teresa**
Grabadores de la fábrica de cristales de La Granja, Archivo Español de Arte no. 171, pp. 279-288, Madrid.
- **Schávelzon, Daniel**
1991a *Arqueología histórica de Buenos Aires (I): La cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX*, Corregidor, Buenos Aires.
1991b *Identificación de lámparas de mecha en contextos arqueológicos*, Publicación no. 16, Centro de Arqueología Urbana, Buenos Aires.
1994 “*Descripción del material arqueológico excavado en el jardín del Museo Etnográfico*”, ponencia al XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina, San Rafael, en prensa.
- **Schávelzon, Daniel y Mario Silveira**
1998 *Arqueología histórica de Buenos Aires (IV): excavaciones en Michelangelo*, Editorial Corregidor, Buenos Aires.
- **Schávelzon, Daniel; M. Silveira, M. Ramos, N. Pérez y G. Paez**
2003 *Buenos Aires arqueología: la casa donde Ernesto Sabato ambientó Sobre Héroes y Tumbas*, Ediciones Turísticas, Buenos Aires.
- **Smith, Ann**
1981 *Glassware from a Reputed 1745 Siege Debris Context at the Fortress of Louisbourg*, History and Archaeology no. 55, pp. 75-255, Ottawa.
- **Stasky, Edward**
1984 *Just what can a 19th Century Bottle Tell Us*, Historical Archaeology, vol. 18, no. 1, pp. 38-51.
- **Henry, Susan**
1991 *Consumers, Commodities and Choices: a General Model of Consumer Behavior*, Historical Archaeology Vol. 25, Number 2, Pp. 3-14.

- **Wilde, José Antonio**
1966 *Buenos Aires desde setenta años atrás (1810-1880)*, Eudeba, Buenos Aires.

Agradecimientos:

Dejamos constancia de las facilidades que nos dieron en el Museo Histórico Sarmiento para fotografiar sus colecciones de vidrio y cerámica, tarea que le debemos a la Lic. María del Carmen Magaz.